

9127

1941

27

9127

SERMON

QUE

en el Domingo cuarto de Adviento

Predicó

en la Santa Iglesia Catedral de Leon

EL

Presbítero, Vice-Rector y Catedrático del Seminario Conciliar de San Froilan

Don Fernando de Castro

el día 20 de Diciembre de

de 1840



LEON: IMPRENTA DE PEDRO MIÑON.

1841

SEANON

QUE

en el Campo de los Señores

Reales

en la Santa Iglesia de San

EL

Real, de San Juan y San Pedro

de San Juan

de San Juan de los Rios

el día 20 de Diciembre de



LEON: IMPRENTA DE PEDRO NIÑON.

AL EXCMO. SEÑOR
DUQUE DE LA VICTORIA

y deseado

Príncipe de la Unión

LO DEDICA

*Su seguro servidor
y Capellan*

Fernando de Castro.

AL EXCMO. SR. DUCHE DE LA VICTORIA

Y

PRINCE DE CALABRIS

LO DUCHE

DE CALABRIS

Y

PRINCE DE CALABRIS

DE CALABRIS

Domingo 4.º de Adviento.

*Parate viam Domini,
rectas facite semitas ejus.*

Aparejad los caminos del
Señor, haced derechas sus
veredas. S. LUCAS CAP. III.

Y. IV.

Ilustrísimo Señor:

» En el día de Domingo, decía S. Justino en el segundo siglo,
» todos los que moran en las ciudades se juntan en un mismo lugar,
» se les leen los escritos de los Apóstoles ó los libros de los Profe-
» tas, en cuanto el tiempo lo permite. Habiendo acabado el lector
» toma la palabra el Sacerdote ú Obispo que preside, y hace una
» exhortacion á los asistentes para animarles á practicar lo que han
» oido leer." ¡Qué pintura, cristianos, tan sencilla en la espresion,
pero tan patética como sublime en el pensamiento! qué recuerdos
no trae al alma de aquel que la lee en los ratos de abstraccion
mundana, que la medita y rumia en el profundo y calmoso silen-
cio de su alma, y que la ofrece á veces como materia de santo en-
tretenimiento á sus mas íntimos y virtuosos amigos! pero qué fal-
ta de fuerzas, qué decaimiento de ánimo, que abatimiento de es-
píritu, al querer dar su antigua forma, al querer levantar, po-
ner en pie y sostener unido este edificio de los bellos dias de la

primitiva iglesia! Este famoso intento nos dá por resultado práctico el descubrimiento de la causa de tan malograda empresa, en la discordia y enojosa disonancia de los cristianos y de sus costumbres; convenciéndonos al propio tiempo, de que en el presente estado de cosas, la tentativa ni es obra de un día, ni empeño de uno solo, ni de muchos juntos, sin prudencia, sin esfuerzo, sin piedad y sin union. Vosotros, fieles, reunidos como entonces, habeis oido leer tambien la divina palabra, y ahora tendreis á bien favorecerme con un tanto de paciencia cristiana y benévola, para atender á su esplicacion y su práctica por un ministro, que tanto como dista en tiempo de los primitivos siglos de la iglesia, tanto y mas lejos está de tener las virtudes que lucieron en aquellos santos sacerdotes y que cree ser necesarias para anunciarla.

Esta nos dice en el evangelio del día, que saliendo el Bautista del desierto, semejante á Elias en el celo, en la austeridad de vida y en el vestido mismo, empezó á egercer el ministerio de precursor, anunciándose á los hombres y clamando con voz penetrante, é inspiradora: »aparejad los caminos del Señor, haced »derechas sus veredas. *Parate viam Domine, rectas facite semitas »ejus.*» En vista de lo que arroja de suyo el sagrado texto, la aplicacion moral mas obvia para el arreglo de nuestras costumbres se limita á esponer con la mejor oportunidad los medios preparatorios para celebrar tan digna como religiosamente el santo nacimiento de nuestro libertador Jesucristo, Hijo del eterno Padre; mas al decidirme á elegir nominalmente uno de entre tantos como á primera vista se ofrecen, mi alma se para como embargada, y detenida por superior impulso; revelándoseme desde luego la imperiosa necesidad y del momento de proporcionar mi asunto á los graves acontecimientos de la época en que vivo, acorde-mente con sus inspiraciones, y de que es infelice víctima mi trabajada patria. Los sucesos son graves, difíciles, de consecuencia y necesidad, por tanto no pueden serme indiferentes. Se agolpan, se confunden, pasan encontrados á la vez, y porfiadamente reñidos, siendo tan oprimente su peso, que hasta ahora no se alzó en el templo una voz fuerte que los pare. Llevado yo de la conviccion indeclinable de estas reflexiones, menos hábil, aunque mas determinado; me apresuro á tomar la iniciativa, á ganar la palma, y proclamar con toda la buena fé y alteza de mi mi-

misterio: PAZ, UNIÓN, RECONCILIACIÓN. Paz por Dios, union por la patria, reconciliación por nosotros mismos.

Señor, al intentar y acometer tamaña empresa, cuento sobre vuestra palabra con los poderosos, cuanto eficaces auxilios de la divina gracia, teniendo fé y esperanza en la proteccion decidida de la siempre pura y santísima Virgen á quien todos saludemos unidos con el Angel,

AVE MARIA.

Plmo. Señor :

Nada mas necesario, nada mas oportuno, ni mas conforme á lo que el mismo Jesucristo exigió como condicion preparatoria al venir al mundo, que exhortaros á la paz como ministro de la religion, á la union como miembro del estado y á la reconciliación como prógimo y para bien de la humanidad. Una tradicion respetable, antigua y sin interrupcion, depone á favor de una paz general, cuando Jesucristo descendió á la tierra. Todas las naciones sujetas al imperio romano sufrían en paz el yugo de aquellos soberbios dueños del mundo: la misma Roma, despues de las guerras civiles que habian despoblado sus murallas, esparcido sus proscriptos por las islas y desiertos, é inundado la Asia y la Europa con la sangre de sus ciudadanos, respiraba ya del horror de estas turbaciones reunida bajo la autoridad de un Cesar, vencedor por tierra y por mar, y viviendo en paz todo el universo bajo su dominación, viene Jesucristo al mundo. *Toto orbe in pace composito.*

Al anunciarse á los hombres, *este Príncipe de la paz*, al darles razon y cuenta de su mision divina, lo hace tan nueva como pacíficamente. » Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los » hombres de buena voluntad. *Gloria in altissimis Deo, et in terra » pax hominibus bonæ voluntatis.* » Hé aquí su programa universal y eterno, hé aquí su pensamiento de caridad, de union, de asociación, tan divino como suyo, y tan positivo y grande como lo

evidencian todos los hechos de su portentosa vida. En el establecimiento de la nueva ley de gracia, redactado su evangelio en el más alto espíritu de caridad cristiana, católica y social, dá á sus discípulos por divisa, enseña y distintivo, la caridad mutua, de que la paz es su fruto más sazonado y dulce, diciendo á los apóstoles y en su nombre á todos los fieles: » en eso conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros:» al subir triunfante á los cielos, deja á los humanos como por vía de herencia, legado y manda, la paz que había traído al mundo, repitiéndosela tres veces: *Pax vobis, pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis. La paz os doy, la paz os dejo, la paz sea con vosotros.* Finalmente, en el libro de los Proverbios, nos dice esta misma sabiduría del Padre; *seis cosas son las que aborrece el Señor, y la séptima detesta su alma, » aquel que siembra discordias entre sus hermanos.*» Si tomando ahora en cuenta nuestras desavenencias domésticas, nuestra discordia civil, y careándolas con la ley que acabo de historiar, (nueva todavía, vigente, en toda su obligacion y fuerza) se echa de ver su desacuerdo completo, ¿se dirá que los españoles que pasan plaza de estremadamente católicos, creen, obran, y profesan el cristianismo religioso, y en el mismo alto espíritu de caridad, mansedumbre y paz, en que su divino fundador le instituyera? ¿caiga en eterno olvido tan monstruosa contradicción, cúbrala, Señor, un velo, y una mirada vuestra la destruya!

Pero quizá deba temer el cristiano de su fé y religion al hacerse un cambio de gobierno en los estados, quizá la religion de Jesucristo no se compeadece con todos los sistemas de gobierno conocidos y admitidos hasta el día, por lo que sea un deber suyo alzarse en masa, guerrear, y verter la sangre á torrentes. Blasfemia! Impiedad! Bajo un Dios infinitamente bueno, y esencialmente justo, bajo un Dios de mansedumbre y paz, una ley divina turbadora, y de rebelion, no cupo jamás. Jesucristo al venir al mundo, encontró á los hombres en sociedad, y gobernados, lejos de turbar este orden establecido, le respetó, dando á todos la paz, y dirigiéndose sobre este principio de vida de las naciones á mejorar las costumbres, y reformar la condición del hombre interior. Tal era su mision divina sobre la tierra. Así que no es la religion cristiana, la que pone en la mano el acero y el fuego para asolar el universo: esta ley santa no respira sino dulzura, indulgencia y ca-

ridad. El fanatismo ha podido formar guerreros terribles; el furor que este inspira, no respetando los derechos de la humanidad, ha podido encadenar naciones enteras; pero hacer ciudadanos leales á la patria, generosos con sus enemigos, sumisos en la persecucion; que respeten la autoridad de los tiranos, y que quieran derramar su sangre, antes que turbar el órden público; este es el lauro del cristianismo; el cual solo usa de la persuasion; y hace resplandecer la verdad, para ilustrar la virtud. Si la ambicion se valió algunas veces de los intereses del cielo para preparar disensiones civiles, no era el cristianismo el que armaba contra la patria á aquellos frenéticos; antes bien él mismo nos hace hoy en dia detestar sus maldades, y nos obliga á derramar lágrimas sobre aquellas desgracias. La religion pues, no debe imponerse, sino persuadirse con celo de verdadera caridad; y sus ministros perseguidos deben sufrir en paciencia, y rogar por los que les persiguen y falsamente acusan. »Os envío como corderos entre lobos, decía Jesucristo á los Apóstoles, os prenderán y perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, pero con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas: reprende severamente á dos de sus discípulos, porque querían que bajase fuego del cielo para abrasar á Samaria por no haberles recibido.»

Sobre este conjunto de preceptos y consejos evangélicos tan sociales como humanitarios, se fundó la iglesia cristiana, habiéndose conservado este mismo espíritu en su disciplina, y habiéndole ostentado con mas lucimiento y pujanza en sus tres primeros siglos. Atroz y bárbaramente perseguida por los Gentiles, sus armas de defensa eran sabidas, una paciencia generosa, eminentes servicios al estado, y en premio una muerte cruel, pero preciosa á los ojos del Señor. Asi es como la tan fiel como ínclita legion Tebea capitaneada por su coronel S. Mauricio, y compuesta en sentir de S. Eucherio de 6,600 hombres de los mas valientes y mas estimados del ejército romano, fué diezmada tres veces á la muerte, siendo sin igual el entusiasmo y deseo de cada uno porque les cupiese la vez de ser del número de las víctimas, y siendo también muy notables las palabras de Exuperio uno de sus oficiales, en un memorial dirigido al Emperador Diocleciano, despues de ejecutada la tercera decimacion. » Señor, soldados vuestros somos, pero al mismo tiempo somos siervos del verdadero Dios, y así lo confesa-

»mos con toda libertad. A vos os debemos el servicio militar, y
 »á él el homenaje de un corazon puro y fiel, siempre que nos
 »mandeis cosa que no le desagrade, nos encontrareis tan rendidos
 »y obedientes, como nos habeis experimentado en todas ocasiones,
 »pero cuando el Emperador nos manda lo que Dios nos prohíbe,
 »juzgad vos mismo, Señor, á quien debemos dar la preferencia.”
 ¡Qué doctrina! ¡Qué ejemplo! estos cristianos perseguidos no se
 defendian de la violencia, sino con la razon; y asi acudian á los
 Príncipes por vias legítimas, decian sin temor la verdad, pero
 sus espresiones estaban tan distantes de ser sediciosas, que aún hoy
 dia no las podemos leer, sin sentirnos movidos á la obediencia.

Asi es, como en virtud de esta misma mansedumbre y cari-
 dad cristiana, los Severos Sulpicios, los Martines y Ambrosios en
 tiempos posteriores reprobaron la conducta de los dos Obispos Ida-
 cio, é Itacio por su estremado rigor contra los herejes Priscilia-
 nistas, hasta el punto de separarse de su comunion. Asi es, como
 tambien en siglos mas modernos, reducido este rigorismo á siste-
 ma por un tribunal de fuerza, nacido á tiro y remolque, conser-
 vado por las armas y muerto por consuncion propia; se dá razon
 del porqué no ofreció durante su vida, ni mas resultado, ni mas
 provecho de lo que representan como en decoracion trájica las
 muertes violentas de S. Pedro de Verona en Italia, del beato Pe-
 dro de Castelnau en Francia, de S. Pedro de Arbués en España;
 y los empozamientos del condestable de Castilla Don Alvaro de
 Luna, del venerable Prelado D. Fr. Bartolomé Carranza y del
 virtuoso quanto sabio Fr. Luis de Leon ornamento de su orden
 y gloria de nuestra España. Asi es, como en el siglo XVII, la
 liga formada en Francia contra los Enriques III y IV só pretext-
 to de conservar la religion católica, fué injusta é insostenible. El
 hombre pensador, severo, é imparcial, hará justicia siempre al
 recto fin y sanas intenciones que pudieron presidir á la sancion
 de estos, que en el dia están calificados comunmente de abusos del
 poder; pero no podrá menos de protestar contra los medios, y
 llorar en la amargura de su corazon sus funestos efectos que tra-
 zas tan horribles nos han dejado, y que aún hoy dia se hacen
 sentir. En fin, tal crédito y fama adquiriera el nombre cristia-
 no, que se está repitiendo casi desde la fundacion de la iglesia,
 que el mejor cristiano es el mejor ciudadano, porque el cristiano

debe ser virtuoso, y el hombre virtuoso lo es de todos los gobiernos. Luego es constante, luego es averiguado, luego se deduce de lo dicho sin violencia, ni fuerza, que jamás pretesto alguno de religion sirvió, ni servirá como de causa legal y santa para legitimar un alzamiento de guerra del cristiano contra su prógimo; »porque el reino de Dios no es de este mundo: porque los reyes »de las naciones se enseñorean de ellas, mas vosotros no asi:» luego es constante y cierto que por Dios y por religion debemos tener paz. Veamos ahora, y despejemos las causas y motivos de nuestra union y reconciliacion.

UNA NACION es una sociedad de hombres unidos de concierto para un fin comun, y con el designio de su mutua felicidad. A consecuencia de la asociacion nacen en el hombre ciertos derechos que respetar y algunos deberes que cumplir. Cada vez que falta al respeto de aquellos, ó al cumplimiento de estos, destruye cuanto está de su parte el fin de los asociados, su recíproca felicidad. El conocimiento de los deberes del hombre para consigo mismo, le conduce directamente al descubrimiento de lo que debe á sus semejantes. Si bien al primer acto de reflexion descubre que les debe justicia y beneficencia, no menos conoce en el segundo, y por una consecuencia lógicamente deducida que les debe indulgencia y tolerancia. Se caracteriza al siglo en que vivimos con el renombre de *ilustrado*; se toma en boca (hasta haber llegado á ser una vulgaridad la palabra *ilustracion*;) y no se repara que el hombre cuanto mas ilustrado, tanta mas necesidad tiene de ser indulgente y tolerante con las opiniones y errores de los demas hombres. Si con despreocupacion consultamos la experiencia, la equidad, la razon y la humanidad, advertirémos que nada es mas necesario que esta cualidad ó disposicion; y que no hay cosa mas tiránica, ni mas imprudente, que aborrecer y atormentar á nuestros semejantes porque no piensan como nosotros. Tan injusto es detestar á los hombres por sus errores, como por no haber nacido de unos mismos padres, por no haber recibido las mismas ideas, ó por no haber aprendido el mismo idioma que nosotros. En una palabra, nada es mas injusto, inhumano, extravagante, ni mas contrario al reposo de la sociedad y nuestro, que aborrecer y perseguir á nuestros semejantes y asociados por sus opiniones y errores. La conciencia del hombre es un sagrado, y asi como el que

no respeta sus juicios, ni obra segun sus convicciones, es un fe-
 mentido, es un traidor; asi el que pretende obligar á creer, y se
 atreve á castigar materialmente la creencia, la profana, es un ti-
 rano. Pues qué ¿el que tiene opiniones verdaderas, no adquiere
 un derecho de usar de la fuerza para atraer á la verdad á los que
 vé descarriados? Tiene derecho para atraer á la verdad, diré mas,
 como cristiano está en obligacion de hacerlo; pero por la instruc-
 cion, por el consejo, y por la persuasion, *por la fuerza, jamás*,
 porque cada cual juzga por mas verdaderas sus opiniones. La total
 ignorancia, ó la preocupada inteligencia de esta doctrina, ha sido
 causa de que las naciones y los hombres olvidando sus deberes en
 sociedad, se hayan desunido y desasociado tanto, cuanto suponen
 sus diversos intereses, genio y opiniones, siguiéndose de este des-
 concierto un gravísimo mal al estado de que son miembros.

Porque hay épocas desgraciadas en que el espíritu de partido
 se apodera de toda una nacion, y estas épocas son las de la deca-
 dencia de los pueblos, y si por desgracia, la clase sagrada de los
 sacerdotes llega tambien á ser presa de este contagio, los pueblos
 están perdidos, y héd aqui el golpe de la muerte que viene á he-
 rirlos. Las consecuencias mas inmediatas de este choque de inte-
 reses, genio y opiniones, despues de acalorados los ánimos, son
 los horrores de una guerra, como la que durante siete años nos
 ha afligido á todos muy profunda y muy dolorosamente, dejándo-
 nos al convalecer, como por achaque de una grave enfermedad,
 un desasosiego incómodo, una inquietud viva, y una fermentacion
 tan extraña como impotente, ciega y sin derrotero fijo. Si, na-
 vegando asoma un incendio, todo pasajero, desentendiéndose de
 sus padecimientos acude desaladamente al salvamento general,
 desaparecen desavenencias, y un solo pensamiento hermana las vo-
 luntades. La desunion reñida y larga de los españoles no trae con-
 consigo menos peligros á su patria, que el fuego en el bajél. Corres-
 ponde pues á toda alma generosa, amante de su patria, y entu-
 siasta por todo lo que es español, desentenderse ya de las iras in-
 fundadas y los rencores arrebatados, teniendo por pensamiento
 preferente y único la union y reconciliacion de todos los españo-
 les; con el bien entendido que á decir verdad, y mirados los su-
 cesos con ojo pensador y filosófico, la causa de nuestros disturbios,
 si bien está entre nosotros, no ha nacido con nosotros mismos, ni

nos es dado no sentir, no propender, ni dejar de obrar segun sus inspiraciones é influencia, y relativamente al modo de aprehender de cada uno.

La razon, como un principio exclusivo y predominante en unos, la revelacion poco conocida y peormente aplicada en otros, un cariño ciego á las tradiciones antiguas en estos, y un desapego filosófico á todo lo pasado en aquellos, un hábito á los usos de la vieja monarquía, carcomida por el tiempo, y despótica por la ignorancia en los primeros, y un deseo de progreso civilizador, de franquicia y libertad en los segundos, con un desgobierno administrativo y un muy buen aumento de inmoralidad; héd aqui los elementos que nos ha legado el pasado siglo, hasta el punto de ser el nuestro, el representante de todos los principios gubernamentales que han dirigido el mundo en los siglos que nos han precedido. Desparramados y sueltos, como se nos han legado, asi existen, no siendo de extrañar por tanto, que habiendo obrado asi aisladamente y sobre cada uno de nosotros, nuestros pensamientos y nuestros hechos hayan chocado de frente, en diverjencia y en oposicion; toda vez que despues de treinta años de acciones, y de reacciones, de planes y de desconciertos, de paz y de guerra, no haya aparecido una mano hábil, una intelijencia sublime, un genio emprendedor y fuerte, á quien cupiese la excelsa y encumbrada gloria de hermanarlos y concentrarlos con órden y regularidad; dirigiéndoles al procomun y sin perjudicar á ninguna de las partes disidentes. (1) En una palabra, no tanto nos desune el mayor ó menor deseo de ser libres, cuanto un exceso de inmoralidad y desgobierno; porque si como ha dicho una mujer célebre, »el despotismo es moderno, la libertad es antigua.» nosotros podemos recordar oportunamente y con gloria, nuestros famosos concilios, ó comicios de Toledo, nuestras Córtes en tiempo de los

(1) El que venció en cien combates. . . ; quizá sea el héroe destinado por la Providencia. = Se dió á conocer en los campos de Vergara. . . , y sus actos de ahora revelan una tendencia igual: ni pudiera ser de otra manera; porque su alma es noble é hidalgamente castellana. = Si dá cima á este grande pensamiento. . . justo es, le será decretado por aclamacion, el culminante, honroso y merecido título de, **PRÍNCIPE DE LA UNION.**

Alfonso y Fernando, nuestras municipalidades populares, y el simpár caballeroso esfuerzo de los héroes que lucieron en la época del gran Carlos V. en Villalár, al querer empozar las libertades de Castilla.

Al renovar la memoria de estas épocas gloriosas de nuestros mayores, ¿no late nuestro corazón en ímpetus de gloria nacional, de hermanamiento y de union? en deseos de que la España del absolutismo católico renazca ya, y para siempre en cristiana y liberal? Un clima tan bello, un sol tan fructificador, unas colonias tan importantes todavía, una habla tan lozana, un pueblo tan sufrido, tan denodado, religioso y pio, ¿tendrán que verse de hoy mas condenados á la esterilidad? Pues qué, el pueblo mas ufano con su nacionalidad, aquel pueblo que lanzando un grito fuerte de independencia, se irguió como un solo hombre contra Napoleón, tendrá estampado allá en el cielo algun decreto de maldición desmerecida? ¿Le estará deparado igual suerte que á la infeliz Polonia, y que quizá espera á la gangrenada Turquía? Habrémos de pedir cadalsos para nuestros patricios, cárceles para nuestros conciudadanos, luto y despoblacion para nuestra patria? No, porque no cabe partido victorioso mas comedido que el de los *Constitucionales*. Qué! la osamenta de medio millon de víctimas yaciendo por las llanuras de España, habrá de ser el único trofeo de la gloria nacional? No basta tanto número de víctimas ilustres, (que en paz descansen) para el afianzamiento de nuestra libertad, y para el principio de nuestra insoluble union? Sí, españoles, basta. Creamos en la salvacion de nuestra patria, tengamos fé en el porvenir de España, y con tanta mas seguridad, cuanto la España cristiana está atesorando en la creencia progresiva y filosófica del cristianismo su esperanza de resurreccion.

Llegado es el tiempo de la union, y los momentos son preciosos; porque la España ó se *confraterniza*, ó se *hunde*. Los que tenéis á dicha estar afiliados, y haber favorecido los principios de la civilizacion moderna, sed generosos, con los que en tan sangriento como noble combate han sido vencidos. Llorad con ellos el resto de su miseria y flaquezas. Buscad, alegad con ellos las mismas excusas que les favorecen. Atended al concurso y sin número de causas que han mediado para prolongar, mantener, y casi eternizar su ilusion. ¿Quién puede triunfar en un momento de los hábi-

tos del espíritu, de las opiniones inculcadas en la infancia, mantenidas largo tiempo por las formas exteriores de la sociedad, y puestas bajo la proteccion del interés personal? ¿Es dado acaso á muchos hombres el perder á la vez sus ilusiones, sus esperanzas, y una parte de su fortuna, sin algun sentimiento, sin esfuerzos, y sin resistencias? Ah! si en esa clase desgraciada se encuentran algunos, que no puedan acomodarse á tantas pérdidas de un golpe, sed generosos, pensad que en esa clase hay hombres dignos, virtuosos y honrados. No lleguen de hoy mas á sus oídos alguna de aquellas escenas violentas que tanto han afligido su corazón, sepan al contrario que renace el orden, que donde quiera son respetadas y defendidas sus personas y propiedades; sepan que sois tan compasivos como religiosos, y tan generosos como liberales. Compadecedles. Decidles como José, »tu eres mi hermano, nombre muy dulce para mí, olvidé todo lo pasado, no temas nada de mi poder, el que solo ha puesto Dios en mis manos para tu beneficio.»

Si, Dios mio, nos hemos hecho cargo, vuestra voluntad omnipotente y recta es, que tengamos paz, las exigencias de la patria que tengamos union, y los clamores de la humanidad reconciliacion. Suscribimos gustosos á lo que de nosotros reclaman tan caros objetos, porque hemos aprehendido vivamente la grandeza del mal que padecemos, porque hemos conocido su causa, y confesamos con dolor y arrepentimiento que, *à via veritatis erravimus*, que nos hemos separado del camino de la verdad. Nos duele mucho, Señor, que una gran parte de nuestros hermanos por temor de los graves males que aquejan á nuestra patria, la hayan abandonado, y derramádose por varios pueblos y naciones, sin hallar consuelo: y nos duele mucho mas el temor de que si no nos unimos, perecerémos, y quizá vergonzosamente con ignominia y deshonra, á manos de extranjeros émulos y codiciosos de nuestros despojos. Por esto, Señor, y porque vos asi lo quereis, »héd aqui á vuestras plantas unidos los descendientes de Pelayo, los adoradores del Pilar, los hijos de Numancia y de Sagunto, los héroes del dos de Mayo, agrupados todos en derredor de un Trono legítimo-constitucional, y de un altar católico, religioso, y santo.» La obra es vuestra, porque ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que dá el crecimiento. No tomeis en cuenta

nuestras abominaciones. Mirad que nosotros hemos sido formados en la iniquidad, y que nuestras madres nos concibieron en pecado. Olvidaos, Señor, de lo pasado, dadnos paz para lo presente, gobierno y orden para el porvenir.

Al descender vuestro hijo santísimo á la tierra, unió á los Gentiles con los Judíos, destruyó todas las odiosas distinciones de Griego y de Bárbaro, de Romano y de Scita, apagó todas las enemistades y todos los rencores; de todos los pueblos hizo un solo pueblo, de todos los discípulos un corazón y un alma; haga hoy de todos los pensamientos de los españoles un solo pensar, y de todas sus voluntades un solo querer. Y pues habeis hecho habitar al Leon y al Cordero en una misma choza; haced ahora que se den los brazos, que coman en una mesa y que duerman bajo de un mismo techo los españoles mas opuestos y encontrados en sus opiniones. Asi campeará en España, Señor, esta nueva era, vivirán la nacionalidad, el brio, la sabiduría y la religion de nuestros padres: asi acordes en nuestras voluntades, inflamados nuestros afectos, inspirados nuestros deseos, llenos de entusiasmo, rebosando fuego religioso y patrio, entonaremos unidos el himno de la victoria y de la union, cantaremos reconciliados en este santo y magestuoso templo, y en la noche del gran misterio, con transporte angelical, excelso y santo: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.*

Amen.



912